



Pedro R. Palacios

# **ALMAFUERTE**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Pedro R. Palacios

# ALMAFUERTE

MILONGAS CLASICAS

PRELUDIO

1

Aquí me pongo a cantar  
con cualquiera que se ponga  
la mejor, la gran milonga  
que se habrá de perpetuar.

Y voy a cantarte a ti  
¡oh mi chusmaje querido!  
porque lo vil y caído  
me llena de amor a mí.

Por ti voy a descender  
a detalles y simplezas;  
la basura de tus piezas  
con mi espíritu a barrer

a expulsar tu habitación  
de sus hábitos perversos;  
y en el humo de mis versos  
a curar tu corazón;

a rasgar esa barrera  
que juzgaste nos impide;  
necio muro que divide  
la sonrisa más ligera;

secular conglomerado  
de no sé qué fruslería  
que lo estrella, cualquier día,  
cualquier pecho apasionado;

a enlazarte como a potro,  
dentro mismo de tu medio,  
para darte el gran remedio,  
de un dolor besando al otro;

la más necia de tus prosas  
a llenar de ricas galas,  
y a cubrir bajo mis alas  
la más triste de tus cosas:

con mis alas gigantescas  
que a la vez que se agitaron  
con su viento alborotaron  
como a polvo a las ideas;

negras alas musicales  
que tendían su plumaje  
y extendían su cordaje  
violoncelos orquestales;

que se abrían prodigiosas,  
y las plumas que perdían,  
de ambiciones que gemían  
fueron alas poderosas;

que subían ondeantes  
y a su tardo movimiento  
se irisaba el pensamiento  
de chispazos fulgurantes;

que bajaban a los limbos  
de las vidas esbozadas  
y volvían tripuladas  
por laureles y por nimbos;

que ya cerca del ocaso  
le nacieron a mi vida:  
¡vieja tabla escarnecida  
con velámenes de raso!

que a los pies de la Argentina  
volcarán tantos laureles,  
como hay bosques y vergeles  
en la América latina;

que a la faz de los escombros  
del futuro más lejano,

podrán verse desde el llano  
tremolar sobre mis hombros;

que si Dios las maldijese  
y una sola me dejara  
para echarme hasta su cara  
de ella sola me valiese;

que alzarían sin trabajo  
todo el orbe, todo entero;  
¡y se cierran, porque quiero,  
para escoba y estropajo!

## II

Yo lo quiero, porque tejen  
manos pródidas mi tela;  
a ti nunca te desvela  
que te salven o te dejen.

Ni te ablanda ni te asombra  
que se oficie en tus altares;  
te anestesian los pilares  
que sostienes en la sombra.

O tal vez en las aceras,  
donde hierven tus pasiones,  
no penetran más razones  
que las grandes y primeras.

Y la nuestra, ocasional,  
pasará por tu destino  
como rueda, en el camino,  
la hojarasca florestal.

O los rayos de tu asfalto  
seran chispas estelares  
que perforan tus ijares  
porque bajan de tan alto;

y tus carnes, cuando brillas  
con siniestras llamaradas,  
estarán acribilladas  
de celestes banderillas.

O quizá no vendrán ellos  
de otros mundos superiores

y te nacen redentores  
cual te brotan los cabellos;

y entre sueños y entre llantos,  
masa enorme, plebe impura,  
guardarás la levadura  
de los héroes y los santos.

O tu informe corazón  
sufrirá, como la cera,  
los pedruzcos de cualquiera  
que domine tu emoción;

y no pasa de la mano  
que te aprieta, tu reforma  
y reviste nueva forma  
cada nuevo soberano;

potestad cuyo reflejo  
sobre tu ánima perdura  
lo que vive la figura  
reflejada en el espejo.

O eres número, miriada,  
muchedumbre, nada más,  
y allá corres y allá vas  
con balidos de majada.

con la fiebre del rincón  
del mendrugo de la prosa...  
¡Chusma vil, recua sarnosa  
que arrempuja el aquilón!

Indecisa voluntad  
que no quieres, que no pides,  
Dios imbécil que divide,  
con tu faz la eternidad!

### III

O serán aquellos pechos  
que te aplauden o condenan,  
huecos parches que resuenan  
con el ruido de tus hechos.

Y es el cráneo pensador  
concha estólida del mar,

donde vibra, sin cesar,  
un insólito fragor;

y esa gran filosofía  
que te llena de zozobra  
será espuma, será sobra  
de lo que haces cada día;

y te habrán la curación  
por placer de recetar  
simulando remediar  
unos vicios que no son;

Dulcamaras y bufones  
que con frases resonantes.  
¡pontifican de almirantes  
en un barco de Colones!

¡Microscópicos gusanos  
que una brizna no alzarían,  
y al sol mismo le dirían  
que lo incendian con sus manos!

#### IV

O acercándome de a poco  
al país de las quimeras,  
he pisado las riberas  
de los grandes y los locos;

he alcanzado las regiones  
vagorosas, eteréas,  
donde asumen las ideas  
intangibles ilaciones;

donde faltan materiales  
puntos lógicos de mira,  
y se corre y se delira  
por llanuras ideales;

y mi seso baladí,  
desleído, agonizante,  
cual un ebrio tambaleante  
se desploma sobre ti.

#### V

O se apoyan en los dos,  
bien concretos y distintos,  
las pasiones, los instintos:  
las pragmáticas de Dios,

Y un olfato cerebral  
me conduce a tu morada,  
como aquél de la vacada  
que la lleva al manantial.

Y ese impulso arrollador  
es mi afán de la belleza  
y me apoyo en tu tristeza  
cual un vil declamador.

O tu hedionda carnadura  
me deleita y alucina  
y me arroja en tu sentina  
mi pasión de la basura;

o tendré la vocación  
de los hondos vasallajes  
y te lamo tus vendajes,  
por hacer consternación;

o cansado de la cruz,  
del dolor y la conciencia,  
me refugio en tu inocencia  
fugitivo de la luz;

o del hombre artificial  
me repugnan falsedades  
y desamo habilidades  
por amor del animal;

o asustándome los recios  
pugilatos de la vida,  
busco el alma ya vencida  
de los tristes y los necios;

o en el duro pedernal  
de mi pecho masculino,  
vibra un átomo divino  
de terarira maternal;

o fingí, por diplomacia,  
tu reforma y tu cuidado,

y me tiene aprisionado  
cual un pulpo, tu desgracia;

o de tanto cerebrar  
me circundo de visiones  
que me muestran direcciones  
salvadoras al azar;

y esos rumbos entrevistos  
creo yo que te convienen-  
noble afan que sólo tienen  
los tiranos y los Cristos.

O padezco el hambre sacra  
y me abismo en tus misterios  
donde brillan los bacterios  
de la luz sobre tu lacra;

y del vivo lodazal  
surjo luego refulgente,  
chorréando la cliente  
sangre azul del Ideal.

O tendré tal cantidad  
de virtudes y de llagas  
que me vences, que me tragas  
por mi propia humanidad.

y a las cosas que hay en mí,  
delicadas o terribles,  
vienen garfios invisibles  
de las cosas que hay en ti.

Pues de tu alma secular  
será un hálito que sube,  
niebla triste, roja nube,  
grito trágico del mar.

VI

No lo sé. Ni debo nunca  
describirlo. Y no te asombres.  
La novela de los hombres  
vale más que quede trunca.

Y es difícil y es ingrato  
demostrar lo razonable;



y no siempre es confesable  
cualquier móvil inmediato.

No hay hallazgo más traidor  
que acertar consigo mismo,  
mi más loco excursionismo  
que explorarse el interior.

Ni trabajo ni jornada  
donde un óbice no quepa;  
vale más que no se sepa  
los orígenes de nada.

Vale más que no analices  
los misterios de las cosas...  
¡Se modelan a las diosas  
sobre torpes meretrices!

¡Se fabrican sacros panes  
profiriendo sacrilegios;  
y hospitales y colegios  
con limosnas de rufianes!

Porque siempre ha sido escoria  
la razón de lo que brila;  
y pelusa y arenilla  
los secretos de la gloria.

Horróricete de veras  
las acciones más gentiles..  
¡Son muy necias y muy viles  
las verdades verdaderas!

Pero no te desesperes  
ni te abata el desconsuelo:  
cuando corta el escalpelo  
sólo gimen las mujeres.

Pero aguarda que mi mente  
busque luz y tome bríos:  
bajo túneles sombríos  
no se viaja eternamente.

Sobreponete a los horrores  
que mi péñola te pinta:  
¡la verdad es una cinta  
de muchísimos colores!

La verdad es camaleón  
de apariencias infinitas:  
¡ni dos veces la meditas  
con la propia entonación!

Mira, pues, cómo la tomo  
más amable, menos dura.  
y te muestro una figura  
colorida cual un cromó:

Ponte un joven su taller;  
lo abastece y acicala...  
¡si es un nido, aquella sala,  
que dispuso una mujer!

Transparentes muselinas  
la luz rigen y difuman,  
mientras todo lo perfuman  
ramilletes y resinas;

terciopelos genoveses  
pieles indias y africanas,  
perezosas otomanas  
y magníficos arneses;

en los muros y sitaliaes  
mil cartones y pinturas,  
y marmóreas esculturas  
en gentiles pedestales;

por las blancas chimeneas  
renegridos bronce viejos,  
reflejando en los espejos  
decadentes orquideas;

y riendo, sin control,  
en cuadrilla esplendorosa,  
los bambinos y la esposa  
con el aire y con el sol.

En el rico caballete  
ya la tela, virgen pura,  
presintiendo la figura  
se arrebola y se somete;

y los pomos de color,

en la caja, nuevecitos,  
escuadrón de soldaditos,  
le dan séquito de honor.

Todo es vida, todo es luz  
al redor de aquella tela...  
¡tanta dicha no revela  
los amagos de una cruz!

Y a la blanca desposada  
viene un día su pintor,  
como vino el Creador  
meditando hacia la nada.

Gravemente, con receta,  
va mezclando los colores:  
hace nubes, hace flores,  
hace tiempo en la paleta.

Y así pasa, cabizbajo,  
largas horas de pereza....  
¡No han venido a su cabeza  
los demonios del trabajo!

¡Pero vienen! Aquel tierno  
mundo azul se desvanece:  
aquel joven envejece  
y aquel nido es un infierno.

Suplantando, en el pintor,  
facultades y pasiones,  
por las mil aberraciones  
de la forma y el color,

va extendiendo su reinado  
la feroz idea fija,  
tan tenaz y tan prolija  
como aceite derramado;

va sembrando soberana,  
la simpleza o la manía,  
cual gusano que vacía  
de su carne a la manzana.

Como en hora más dichosa  
ya se ríen sin control,  
con el aire y con el sol,

ni los hijos ni la esposa.

De tristeza rodeada  
cual tapiz a medio hacer,  
reina sola, en el taller,  
la gran obra comenzada.

De aquel nido encantador  
ya no queda ni la sombra:  
salivazos en la alfombra  
y humo denso en derredor.

Polvorosos trapos viejos  
respirando trementina,  
y espectro que camina,  
reflejado en los espejos.

Pero logra terminar  
su labor una mañana,  
y otra vez, cual una diana,  
vibra suena aquel hogar.

Y otra vez, y sin control!  
como en época dichosa.  
con los hijos y la esposa  
corre el aire y brilla el sol.

Y otra vez... Pero no creas  
que aquel ser quedó sin dolo:  
¡como el cáncer y el vitriolo  
nos carcomen las ideas!

¡Miserables prostitutas  
que nos hieren o marchitan,  
y nos mandan y nos gritan  
como reinas absolutas!.

Por debajo de la palma  
que ha de honrarle por sus días  
¡sabe Dios qué vesanías  
le quemaron en el alma!

¡Sabe Dios!... Pero tampoco  
te alucine su victoria:  
¡la corona de la gloria  
no la ciñe cualquier loco!

Que si Dios no lo permite  
no hay calórico que baste:  
por más leña que se gaste  
su metal no se derrite...

Son las arenas de combate  
manos puercas y callosas:  
¡no las finas y olorosas  
y expresivas del abate!

No las llenas de donaire,  
de tez cándida y pulida  
que no hicieron en la vida  
más que cruces en el aire;

sino aquellas aguerridas,  
dolorosas, maculadas,  
como vendas empapadas  
en el pus de las heridas.

Nace el río en los breñales  
y es tan puro por un trecho,  
que a lo largo de su lecho  
ves rodar los pedernales:

pero invade la llanura,  
la fecunda y embellece:  
¡y aquel río no parece  
más que líquida basura!

Así manchan su cendal  
los heroicos, los amantes:  
¡por un cauce de diamantes  
van a dar al hospital

Lleva el río entre sus ondas  
las materias más inmundas,  
¡ y las vidas más fecundas  
las vilezas más hediondas!

Y aquel río llega al mar,  
tenebroso, pestilente,  
cual un viejo maldiciente  
que regresa de sembrar.

Y esas almas y esas vidas,  
a la duda y al vacío,

como el viejo y como el río  
sin vigor y corrompidas.

¡Sí! La mínima faena  
nos enturbia como el agua...  
¡nunca salen de la fragua  
candideces de azucena!

Mucho barro hay que batir  
en la vía del sepulcro:  
no hay oficio menos pulcro  
que el oficio de vivir;

ni más frágiles encantos  
que las alas de lo puro,  
ni agujero más oscuro  
que las almas de los santos.

## VII

Pero acuérdate de Dios  
que revuelve en sus marmitas  
las estrellas infinitas  
y el destino de los dos.

Pero piensa en Jehová,  
cuya grande mano sola  
rige el freno de la ola,  
que no sabe a dónde va;

que desciende sin rumores  
al más ínfimo proscenio:  
y echa ciencia y echa genio  
sobre rústicos pastores;

que se agarra de los cables  
del dolor y las pasiones,  
y hace ritmos y hace sonos,  
y hace frases admirables:

que hacia el bien nos precipita  
con envión irresistible,  
removiendo una terrible  
negra cédula maldita.

Que no piensa corregir  
ni malvados ni truhanes:

¡larga tropa de alacranes  
que conduce al porvenir!

que no quiere hallar jamás  
condenable a la criatura,  
pues no tiene su natura  
ni de menos ni de más.

Y Él distingue en el tropel  
del éxodo hacia sus brazos,  
los brillantes aletazos  
de las alas de Luzbel,

que halla formas y halla modos  
en escalas infinitas:  
y si tú lo necesitas  
pone un leño sobre todos;

pues no sé por cuál inquina,  
siempre ha sido su proyecto,  
deslumbrar a don Perfecto  
con un loco que adivina:

dar destino a la pelusa  
dar purezas a lo impuro,  
y evocar a su conjuro  
grandes almas de la inclusa;

por probar en puridad  
que ninguno te gobierna:  
que es autónoma y eterna  
la intangible humanidad;

que pensar es recibir  
y volver la impresiones,  
y mandar a las naciones  
preguntarles y seguir;

que la estirpe humana entera,  
sufre mal de inteligencia,  
pues así la Providencia  
se apodera de cualquiera;

pues el genio es inmortal  
y esparcido de tal modo,  
que anda en todo y sobre todo  
cual un gas universal;

y así como, en su ocasión,  
muerde un cáncer en la herida,  
hace el genio su salida  
por cualquier combinación.

## VIII

Al trabajo, pues, me apronto  
sin ninguna indecisión;  
porque sí, -por la razón  
de lo heroico y de lo tonto.

Pues me llama tu basura  
yo no sé de qué manera:  
porque sí, -por la primera  
gran razón de la natura.

Y sin quejas, con la calma  
del sonámbulo que pasa,  
bruñiré toda tu casa  
con la seda de mi alma.

Cual un príncipe adornado  
con armiños y torisones,  
que escudriña los rincones  
más hediondos del mercado;

buzo heroico que al bajar  
al abismo, no escuchara  
más que risas y algazara  
de la turba popular.

Miserable corazón  
cuyos huérfanos latidos,  
ni tendrán agradecidos,  
ni hallarán admiración.

## IX

¡Sí! Que borren con furor  
mis esbozos más amados:  
¡salitrales derramados  
en terrenos de labor!

Sí: que llenen de perfidias



mis estrofas más preciadas,  
vil diluvio de pedradas  
en los mármoles de Fidias!

¡Que arremetan Aristarcos  
con Jesús y con Cristianas...  
coaliciones de las ranas  
condenadas a los charcos!

¡Que me niegue y me rechace  
la opinión de los estetas,  
cachorritos de mis tetas,  
sanguijuelas de mi frase!

¡Que motejen de insanía  
mis fulgores cerebrales,  
viejos búhos sepulcrales  
deslumbrados por el día!

¡Que carcoman los jirones  
de mi vida torturada,  
plaga hambrienta, apoderada  
del trigal de mis acciones!

¡Que no salven ni las buenas,  
ni las óptimas, aún,  
negro chorro de betún  
sobre campo de azucenas!

Que me quiten posición  
personal y literaria,  
charretera legendaria  
desprendida de un tirón!

Que chorreen por mi frente  
los dicterios que me arrojan,  
pan del pobre que remojan  
en un caldo pestilente!

¡Que me dejen solo, solo,  
sin apoyo, sin escudo,  
cual un párvulo desnudo  
sobre un témpano del polo!

Pero pueda yo bajar-  
carne sana y alma fuerte  
y en el antro de tu suerte

revolver y escudrillar!

¡Azotarme a las bravías  
marejadas de tu llanto,  
de tus penas saber tanto  
como entiendo de las mías!

¡Arrojar a los pantanos  
de tu ser mi corazón  
y saciarme en la pasión  
de los palpitos humanos!

¡Y colgarme de la cruz  
del continuo sacrificio...  
y besar en ese vicio  
que produce tanta luz!

¡Pero pueda mi ambición  
a tus propios pensamientos  
arrancar los elementos  
de tu libre evolución!

¡Pero pueda conseguir  
enfocar tus facultades  
y en tus propias claridades  
envolver tu porvenir!

¡Pero alcance que mi ruego  
mi propósito perdura  
y mi espíritu fulgura  
como látigo de fuego!

¡El Eterno te reparta  
por la frente y por las venas  
el espíritu de Atenas  
y la médula de Esparta,

para que hagas más virtudes  
y más luces y más glorias  
y más vida y más historia  
que tus bellas multitudes;

y tu joven corazón  
se dilate y equilibre  
y entre libre y salga libre  
del taller de la pasión;

y te informen sentimientos  
armoniosos, similares,  
cual se traban los sillares  
de los grandes monumentos:

y a Dios ames, y le adores  
al progreso, y lo comprendas;  
a tu patria, y la defiendas;  
a tu hogar, y lo mejores;

y algún nuevo fruto des,  
discurriendo con tu juicio;  
y al Tabor y al precipicio  
te conduzcas por tus pies;

y en la civilización  
la sazonen tus dolores  
y trasuden tus errores  
manantial de perfección;

y ya nunca te amontones  
en postemas de ciudades,  
hormigueros de nabades,  
de cobardes y bribones;

y recubras la extensión  
de tu tierra exhuberante,  
virgen núbil, delirante,  
que no encuentra su varón;

y la beses, la poseas,  
la contentes, la fecundes,  
la desgarras y la inundes  
de trigales y de aldeas;

y no dejes decir más  
que no tienes energías: -  
¡yo tampoco debería  
recordártelo jamás!

Porque debes saber ya,  
antes que hablen otros hechos,  
que la tierra y sus derechos,  
el trabajo nos los da.

Que una tribu pasajera,  
de la tierra apoderada,

puede ser desalojada  
cualquier vez y por cualquiera.

Que la tierra no es colchón  
para enfermos y haraganes.  
¡Es bigornia de titanes!  
¡Pedestal de la ambición!

Pero debe, todavía,  
saber más el patriotismo:  
tu trabajo, por sí mismo,  
no te da soberanía.

El trabajo y la pasión,-  
herramientas de progreso,  
si no sirven para eso,  
¡no consagran posesión!

Inarmónica, excesiva  
vibración de un solo punto,  
que saliendo del conjunto  
rompe toda perspectiva:

que se acoge con mohínes  
naturales de protesta:  
tal sucede, si en la orquesta  
desafinan los violines.

Porque no es acción humana,  
por más lógica que sea,  
si en el mundo no flamea  
como neta de campana.

Ni es un hombre, quien al dar,  
sólo un paso, sólo un grito,  
no creyó que lo infinito  
debe asirlo y resonar.

¡Ni has de hacerte, si no absorbes,  
y asimilas y amas todo,  
y soportas de algún modo  
los andamios de los orbes!

¡Si no sientes en la sombra  
más estólida y vacía,  
algún dedo que te guía  
y algún labio que te nombra!

Porque al hombre y las naciones  
lo real les bestializa,  
si a su ser no diviniza  
blando riego de ilusiones.

¡Realidad: una ilusión  
de los órganos, grosera!  
¡Ilusión: la verdadera  
material penetración!

¡Realidad: lo que no va  
más allá de lo que ves!  
¡Ilusión: lo que no es:  
es decir, lo que será!

¡Realidad: inapreciables,  
fugitivos, negros puntos,  
que jamás divisan juntos,  
tus mil ojos miserables!

¡Gas de bestia que derrama  
de sí misma la natura  
para medir la estatura  
de la perfección humana!

Estatura proporciones,  
que seguimos asumiendo,  
según vamos dividiendo  
con la faz las ilusiones.

Las ilusiones, que son  
como flotantes hilitos,  
por do van los angelitos  
de visita al corazón.

Cinta azul con que atas  
a la cúpula del cielo,  
por no hacer, en este suelo,  
tu excursión a cuatro patas.

Palomar en libertad,  
que a traer su rama vuelve,  
ideación que se resuelve,  
en belleza de verdad;

vegetación invisible,

fleco mágico de antenas,  
con que a tientas encadenas  
lo posible a lo imposible;

alma máter que perdura  
en la muerte y la rulfia:  
¡más excelsa, más divina,  
sin humana carnadura!

Como Grecia soñadora  
de cuyos mármoles fríos  
brotan chorros, manan ríos,  
vibran torrentes de aurora.

Como Roma la pagana,  
que a la luz del sol moría  
y a la faz de Dios se hacía  
civilización cristiana.

Como el histórico Godo,  
rey genial del mundo entero;  
que se queda caballero  
después de perderlo todo.

Como aquella noble Francia,  
que a través del infortunio,  
cual un triste plenilunio  
nos alumbra a la distancia.

Pero arriba del estrago,  
aquella alma no palpita,  
cuando es ella la maldita  
de Fenicia y de Cartago.

¡No! ¡Nadie es fuerte ni sube  
a pesar de los fracasos,  
si jamás tendió los brazos  
para asirse de una nube!

¡Si alguna vez no agarró  
lleno de confianza y brió,  
las aldabas del vacío,  
para subir... y subió!

¡Sí, que caiga todo mal  
sobre mi cerebro insano,  
como el mazo de Vulcano

sobre un globo de cristal!

¡Pero aspira pero bebe,  
pero absorbe las virtudes,  
por tus nobles altitudes,  
tus mujeres y tu plebe,

para que claves los hitos  
del mayor esfuerzo humano,  
y llegues íntegro y sano  
al fin de los infinitos!

Y al acostarte de bruces,  
en el límite postrero,  
¡se ilumine el orbe entero  
con tu corona de luces!

¡Y Dios, al verte dormido,  
sobre todo su progreso,  
te dé la paz con su beso  
como a su pueblo elegido!

Y en los ámbitos profundos  
de toda la creación,  
resuene la aclamación  
de las almas y los mundos!

¡Y volando en tu redor  
muchedumbre de naciones,  
formen lemas y blasones,  
y arcos de triunfo en tu honor;

y el silencioso tropel,  
las tristes y las vencidas,  
formen lemas y blasones,  
y arcos de triunfo en tu honor;

¡Y postrados, entre tanto,  
arcángeles, querubines,  
ángeles y serafines,  
digan: santo, santo. santo!

¡Y en medio de aquel diverso  
clamoreo interminable,  
una mano formidable,  
te presente al Universo;

y que cese todo afán,  
y calle todo clamor,  
y que diga el Creador:  
"¡Está terminado, Adán!"

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

